

ESTRETA JENNINE BATICLE, la gran biógrafa de Goya, cree que no se han investigado bastante las relaciones del pintor con Aragón. Ayer intervino en el curso de la Institución Fernando el Católico

JENNINE BATICLE

La experiencia de la guerra cambió a Goya

«No se han investigado suficientemente las relaciones del pintor con Aragón»

Juan Domínguez Lasierra

Jennine Baticle, que fue conservadora del Museo del Louvre y ahora, tras la reciente publicación, sigue siendo conservadora general honoraria, tiene una curiosa y familiar manera de referirse a una de sus obras capitales, la biografía de Goya que estuvo haciendo —al mismo tiempo que otras cosas, claro está— durante treinta años: «El mito ha sido un trabajo de costurera, en el que he ido uniendo muchas informaciones distintas, de muchos sitios distintos, con muchos detalles de aquí y allá».

Dos grandes momentos

Esta obra, publicada originalmente en el Palácio Fayard, la presentó la propia Jennine Baticle en mayo de 1995 en Zaragoza, en el Palacio de Sástago, y precisamente esta presentación —diciendo— es uno de dos momentos mejores de su vida profesional:

«Yo tengo dos recuerdos estupendos en mi carrera: uno de ellos es cuando llegué a Nueva York, para la presentación de la exposición de Zurbarán, de la que yo era comisaria, y me encontré en la fachada del Metropolitan una de esas enormes banderolas de seda, de color rojo, con el nombre de Zurbarán. Entonces pensé, yo soy responsable de que aquí, en Nueva York, esté el nombre de Zurbarán. El otro momento extraordinario, el segundo momento, tuvo lugar aquí, en Zaragoza, en el Palacio de Sástago, cuando la conferencia de prensa de presentación de mi biografía sobre Goya. Me emocionó mucho el interés que en Zaragoza tenían por mi obra».

Entonces ya dio a conocer algunos detalles curiosos de esa biografía, como el que «la maja desnuda», y la vestida, claro, no representaba, como siempre se ha dicho, y como siempre se dirá —porque los lugares comunes, los clichés, son difícilísimos de borrar—, a la duquesa de Alba, sino a Pepita Tudó, la amante del favorito Godoy.

—La duquesa de Alba tendría entonces, cuando el cuadro se pintó, cuarenta años, y la mujer que aparece tumbada es una joven de unos dieciocho años, que es la edad que tenía Pepita Tudó.

En cualquiera caso, Jennine manifestaba su negativa absoluta a dejarse fotografiar delante de la reproducción de «la maja vestida» existente en el hall del Hotel Goya, donde la entrevistadora. Sólo aceptó fotografías frente a las reproducciones de algunos grabados, allí existentes, de la «Tauromaquia» y los «Desastres».

No fue un afrancesado

Ya hemos dicho que Jennine Baticle estuvo treinta años es-

cribiendo su biografía de Goya, una obra que, por cierto, va a ser publicada ahora en español, por Editorial Crítica, con alguna actualización como la introducción del recientemente descubierto «Cuaderno Italiano». La traducción es de Juan Vivanco, lo que para Jennine Baticle es una alegría, pues su familia mantuvo buena relación con el padre del traductor, el poeta Luis Felipe Vivanco. «Parece cosa del destino», afirma.

La pregunto a la investigadora por las novedades más llamativas de su biografía respecto de la bibliografía anterior, pero Jennine de lo que me habla es de dos libros esenciales que no se han usado mucho hasta estos años, lo que me obliga a pensar que no lo ha entendido muy bien mi pregunta:

—Hay dos libros esenciales sobre Goya, que no han sido muy utilizados por los estudiosos. El primero es el libro de Lafuente Ferrari, publicado hacia 1946. Y el otro, de dos años más tarde, es el dedicado a los tapices, de Valentín de Sambricio. No conozco ningún estudio de ningún otro pintor que tenga una documentación tan útil y tan precisa. Y no son usados suficientemente por muchos historiadores. Lafuente Ferrari es el primer investigador (aparte de los de aquí, de los aragoneses) que ha buscado en los archivos de Zaragoza para conocer la vida de Goya. Por ejemplo, algunos investigadores ignoran la fecha del nacimiento del amigo de Goya, de Martín Zapater, cuando está en los libros de Lafuente, quien también aporta la partida de defunción, de nacimiento, el testamento, etc. También el investigador aragonés Tomás Do-



Jennine Baticle habló ayer en el curso de la Cátedra Goya, de la Institución Fernando el Católico

mingo ha descubierto la partida de bautismo de Zapater.

Insisto en su libro, en su biografía goyesca, en las novedades que aportó, en los detalles donde hizo más incidencia. Esta vez parece que sí me entiende:

—Yo dejé claro que Goya no fue un afrancesado. Por ejemplo, no tocó su sueldo oficial durante los cinco años que duró la guerra con los franceses para no trabajar con Bonaparte. Y otro aspecto destacado es el llamamiento que hago para que se investigue más la estancia de Goya en Aragón. Se han dicho cosas, pero muy ligeras. No se ha reparado suficientemente en todo lo que supone la Guerra de la Independencia, los Sitios, las relaciones de Goya con todo este tema, su viajes por Aragón en este tiempo, sus relaciones con Palafox, en cuya habitación habla dibujos de Goya, y entre cuyos papeles tiene que haber referencias a Goya...

Una apasionada

Le digo a Jennine Baticle que buena parte de la fortuna crítica de Goya se la debebas a los franceses, pero no parece estar

mucho de acuerdo con el hecho de que los franceses hayan entendido bien a Goya.

—La fortuna crítica de Goya en Francia se debe a los «Caprichos» y a la «Tauromaquia». Hay que tener en cuenta que su pintura prácticamente no se conoció hasta finales del siglo XIX, que sus retratos hoy tan famosos fueron por primera vez expuestos en los comienzos del siglo, en una exposición en la que también se contemplaron muchos de sus cuadros hasta entonces nunca vistos. Sus cuadros sobre el 2 y el 3 de mayo sólo se pudieron ver a partir de 1870... Hay que entender que la guerra era una «aerida abierta para España. La guerra de la Independencia le costó a España casi un siglo de progreso. Perdió su imperio. Fue la cosa más cruel que le pudo llegar a un pueblo. Lo pensé el otro día al llegar al aeropuerto de Zaragoza: es la primera vez que España conoce un período de 56 días de paz. Y la paz es algo muy necesario porque es cuando los pueblos pueden valorar las cosas. Es lo que Goya ha querido dar a entender en los «Desastres», su ho-

rror a la guerra, un mensaje que no fue comprendido y que puede aplicarse a todas las guerras, lo mismo a la última guerra mundial que a la guerra de la ex-Yugoslavia. Las leyendas de los «Desastres» son estupendas: acompañan el sentido general de la composición de los dibujos».

A Jennine Baticle le asoma la admiración sin límites por la obra de Goya:

—Me dicen que soy de un entusiasmo indescribible. He trabajado mucho en su obra y puedo decir que no encuentro nada equivalente a lo de Goya, de comparación, de horror ante la guerra. Una cosa curiosa es que el verdadero título de los «Desastres» era «Fatales consecuencias de la sangrienta guerra contra Buonapartes, no Bonaparte, sino Buonaparte, así, a italiana. Al publicarse esa serie, en 1863, como Napoleón III reinaba en Francia, no sé creyó conveniente difundir ese título, se ocultó, y se publicó sólo como «Los Desastres», que no es el título de Goya. Tanto los cuadros del 2 y 3 de mayo, como los grabados de los «Desastres», muestran una capacidad de expresión total, el arte más perfecto, el sentido más hondo que pueda darse, o que en todo caso es muy escaso. Sólo puede tener un parangón en los expresionistas alemanes. Pero comparese con lo que hacen los franceses en sus escenas de guerra: son pintores estupendos, pero la guerra que pintan es una representación teatral. El soldado herido acerca su mano extendida a la figura del rey poco antes de morir por la patria...

—Por todo ello, Goya es el pintor genial y universal que es...

—La razón del genio de Goya es difícil de precisar. A Goya le gustaba la vida; le gustaban las comidas, la belleza de las mujeres, la inocencia de los niños, las cosas del pueblo... Le gustaba la vida cotidiana. Y a ella se hubiera limitado como pintor. Pero conoció la guerra. Una guerra horrible, en Francia, en España. Me ha dicho el profesor Benlliure que en Zaragoza murieron 30.000 personas, no sólo por las bombas, sino por las epidemias, por las enfermedades. Creo que sin la guerra, Goya no habría pintado nada diabólico.

La luz de Zaragoza

Jennine Baticle, nuestra gran goyista en realidad, es una especialista del siglo XVII, y conoce tan bien a Goya como a Zurbarán. No en vano fue la comisaria de las exposiciones del artista extremeño en Nueva York y París. Que estudiase a Goya fue una de esas cosas que surgieron de una manera natural. Su padre tenía familiares españoles, y empezó a interesarse por la cultura española, comenzando por Velázquez. Después entró en la Escuela del Louvre, para futuros conservadores, y una de las asignaturas fue pintura española. Así conoció a Goya. Le pidieron escribir un libro sobre Goya. Y después de treinta años, lo publicó. Ahora saldrá su edición en español.

No está muy de acuerdo en afirmar que los franceses conocen bien a Goya, que fueron sus grandes valedores.

«En Goya se ha visto sobre todo el aspecto folclórico, pero no el dramático. Y su influencia ha sido escasa. Delacroix tenía los «Caprichos», y Manet tenía el deseo de pintar como Velázquez y Goya, sin modelar, con pincelada suelta. Hay en Manet un cierto temperamento hermano con estos pintores. De todas maneras, acepta que los franceses escribieron los mejores libros y las mejores biografías primeras de Goya, junto a los escritos del conde de la Viñaza. También acepta que en el Louvre hay unos estupendos retratos de Goya: la marquesa de la Solana, que es un retrato esencial en la obra del pintor; la marquesa de Santa Cruz; el retrato de Guillemandet, que fue el embajador de Francia y amigo de Santa Cruz; el supuesto retrato de Evaristo Pérez de Castro...»

Para Jennine hay en Goya una manera de ver las cosas «muy aragonesa». Ella conoce a algunos aragoneses y ve esos rasgos comunes que los liguen. Goya, señala Baticle, estuvo lógicamente influenciado por las costumbres madrileñas, pero era un hombre muy práctico. No tenía el orgullo de la Corte, como Bayeu, que quería ser un hombre sobre todo elegante. Se codeaba con los grandes, pero no les daba demasiada importancia. A Goya lo que le importaba era «que le pagasen bien». Pero en Goya está sobre todo la luz, la luz de Aragón, la luz de Zaragoza. «Hoy, cuando paseaba por Zaragoza —confiesa Jennine—, miraba la luz. La razón por la que Goya ha pintado paisajes con esos cielos viene de aquí, de Zaragoza. Hay una luz en Aragón muy diferente de la luz de Madrid.